

ESTILISTICA, LINGUISTICA Y ESTETICA

Por *Tristano Bolelle*

Cuando se dice que cada expresión lingüística, cada frase escrita o hablada, oscila entre dos límites opuestos, el uno intelectual, el otro afectivo, y que el tono intelectual es aquél que aparece evidente en el lenguaje de los doctos (preciso en los términos, objetivo, impersonal), mientras el tono afectivo es aquel que más cumplidamente se manifiesta en el lenguaje hablado de cada día (carente de preocupaciones de estilo, encaminado a conseguir una eficacia inmediata, a hacer efecto sobre quien escucha y, por consiguiente, rico de color y de relieve), se dicen verdades ahora ya aceptadas por todos.

Lo que merece un examen es la relación entre el estudio del lenguaje afectivo y aquél de la lingüística general y de la estética.

Al lado del método de indagación histórico-etimológico, que ha dado en cien años de estudios lingüísticos resultados verdaderamente espléndidos, los instauradores del lenguaje afectivo han buscado otro que, fundándose sobre la sensibilidad y cortando los puentes con el pasado, examina las expresiones lingüísticas en su inmediatez, en su realidad puntual.

Por otra parte, me parece verdad indubitable, que el estudio de los elementos afectivos tienda a volver su atención sobre los valores colectivos de la lengua, dejando cada investigación de lenguaje individual a la estética y que la prosa de un escritor pueda ser examinada —*desde el punto de vista estilístico*— sólo en cuanto contiene elementos de expresión de la colectividad y no como producto individual, es decir como obra de arte.

* * *

Uno de los principales fundamentos puestos en la lingüística por Ferdinand de Saussure, el fundador de la escuela de Ginebra, es, como se sabe, la distinción entre lingüística estática y lingüística evolutiva, sincrónica la primera, como se denomina comúnmente con término técnico, diacrónica la segunda.

Esto era, evidentemente, el inicio de una reacción, que habría de acentuarse en los discípulos de Saussure, y especialmente en Bally, contra la dirección exclusivamente histórica de toda la lingüística del siglo XIX, desde Bopp hasta Brugmann.

En Saussure la distinción aparece, en el cuadro de sus doctrinas lingüísticas, sobre todo, dirigidas a presentar el lenguaje como hecho social, justificable al menos como medio de trabajo: "La lingüística sincrónica

se ocupa de las relaciones lógicas y psicológicas que unen los términos coexistentes y que forman sistema, tal como son sentidos por la misma conciencia colectiva" (*Cours de linguistique générale*, pág. 141).

Este estudio estático del lenguaje sin relación alguna con la historia, que por casi un siglo había sido la base y a su vez el objeto de cada investigación lingüística, no hubiera empero tenido sentido si no hubieran sido precisados sus fines y su método. La objeción se presentó en toda su gravedad a Saussure que, en el inicio de la parte segunda de su *Cours* no esconde la dificultad de operar con los principios de la lingüística sincrónica, ya que el concepto de estado lingüístico no puede ser sino aproximativo en las relaciones con los dos factores de mutamiento, el tiempo y el espacio.

De esta debilidad lógica inicial surge toda la dificultad de sentar una base a la lingüística estática para quien quiera considerarla no ya como una investigación de hechos que puedan en cierto sentido integrar por un lado las investigaciones de gramática, y de otro, un aspecto de la lingüística histórica (en cuanto a la fijación de un hecho lingüístico estático, que, aun siendo afectivo, comienza a formar parte de la historia en el momento mismo en que es sentido como hecho colectivo), pero antes bien una doctrina que tenga presupuestos propios.

Un artículo lúcido y preciso de J. Vendryes ("Les taches de la linguistique statique", en el volumen que recoge escritos de diversos autores *La psychologie du langage*, Paris, 1933) concluye así: "Es necesario representarse a cada lengua como materia en movimiento en que intervienen varias tendencias entre las cuales a cada instante se forma un equilibrio. Describir esta materia, definir los elementos, descubrir las tendencias son las tareas de la lingüística estática. En cuanto al método que conviene emplear para lograrlo, aquél debe ser todavía probado y perfeccionado".

Poniendo estas reservas es evidente que Vendryes no considera del todo válido el método de los discípulos de Saussure, y especialmente de Bally y de Sechehayé, que han dado a sus investigaciones una base teórica sacada de las doctrinas del maestro respecto de la lingüística estática y que han visto acogidas sus obras por los lingüistas con general satisfacción. En realidad, yo creo que la ilegitimidad de la distinción reprochada a Saussure por Pagliaro (*Sommario di linguistica ario-europea*, pág. 176, N^o 1) entre lingüística diacrónica y lingüística sincrónica con mayor razón se deba ver en las obras de los discípulos y de los continuadores, en el *Traité de stylistique française* de Bally y en *La pensée et la langue* de Brunot. Si es cierto en efecto que "la descripción de un dialecto, es como el cuadro encerrado en las hojas de un atlas lingüístico, que para la ciencia representa sólo material que debe ser interpretado históricamente" (Pagliaro, obra cit., pág. 176, N^o 1), ¿cómo se puede justificar la lingüística estática y especialmente aquel aspecto particular que ha sido denominado estilística como estudio autónomo?

El gran mérito que se atribuye comúnmente a Bally es el haber abierto los ojos a la influencia de las acciones individuales sobre el lenguaje que Saussure había no sólo evitado sino condenado (Pagliaro, *ob. cit.*,

pág. 87). Pero creo que aquí sea necesario aclarar algunos puntos de importancia esencial.

Bally ha permanecido siempre fiel a la concepción sociológica del lenguaje y la acción individual por él estudiada es, en realidad, más bien una acción social. Veamos sus propias palabras:

“La lengua siendo una institución social, supone siempre que se sacrifique alguna cosa del propio pensamiento al de todos... Es hora de no considerar más a la lengua literaria como cosa aparte, una especie de creación *ex nihilo*; ella es, antes que todo, una transposición especial de la lengua de todos; sólo que los motivos biológicos y sociales de esta lengua se hacen motivos estéticos”. (“*Stylistique et linguistique générale*” en *Le langage et la vie*, pág. 91 sigs.)

Más claramente, me parece que no se pueda hablar. Ni es posible sostener que la obra de Bally, de Brunot (v. en pág. XX de la *ob. cit.* la explícita declaración de que sus ideas son análogas a aquéllas de Bally) y de Sechehaye contradigan esta proposición.

Préstese atención a este otro punto fundamental de la doctrina de Bally, característico por mostrar las relaciones entre acción individual y acción social en el lenguaje: “El sujeto hablante da a los movimientos del espíritu una forma objetiva, intelectual, tan conforme como sea posible a la realidad; ahora, y más a menudo, agrega, en dosis muy variables, elementos afectivos; ora éstos reflejen el *yo* en su plena pureza, ora sean modificados socialmente por condiciones que se refieren a la presencia real o a la representación de uno o más sujetos. La lengua en su realidad, representa, entonces, en todas sus manifestaciones, un lado intelectual y un lado afectivo: estos aspectos de la expresión surgen con una intensidad variabilísima según la disposición del sujeto hablante, la situación, el ambiente” (*Traité*, p. 12). Y en otro lugar: “Para mí la tarea de la estilística consiste en indagar cuáles son los tipos expresivos que, en un periodo dado, sirven para dar los movimientos del pensamiento y del sentimiento a los sujetos hablantes y estudiar los efectos producidos espontáneamente en los sujetos que escuchan del empleo de estos tipos”. (*Le langage et la vie*, p. 88).

El objeto de la estilística es, en fin, la expresión hablada y no el hecho del pensamiento, el estudio de los procedimientos expresivos, afectivos, no de aquellos intelectuales (*Traité*, pág. 13; cfr. *Le langage et la vie*, pág. 109). Esta necesidad de negar a la estilística el ocuparse de los procesos intelectuales —a riesgo de perder el derecho a la existencia— confirma que la doctrina de Bally, no obstante las apariencias, se inclina a considerar el lenguaje desde un punto de vista sociológico, en cuanto el hecho individual refleja una conciencia colectiva y se vale de medios de expresión comunes. La prueba de todo esto la tenemos claramente, observando la forma sistemática tomada de la exposición del *Traité*, que revela la poca consistencia de sus presupuestos teóricos: se estudian en él la proporción entre elementos intelectuales y afectivos casi como si fueran entidades claramente individualizables y ponderables, la entonación y elipsis como medios de expresión, etc.

El autor percibe esta insuficiencia y advierte (pág. 27): "No busque el lector en este libro leyes absolutas y rígidas: es necesario desarrollar el factor dominante" que para Bally no es del todo intelectual ni afectivo... Pero el lector no buscará por cierto leyes absolutas, antes bien, una justificación lógica del procedimiento seguido en la investigación y reconocerá en fin que Bally no tenía ninguna intención de plantearse y de resolver el problema de las acciones individuales sobre el lenguaje.

¿Es necesario entonces resignarse a concluir con Jan Rozwadowski ("Les taches de la linguistique", en *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 1924, p. 111): "La estilística es muy indecisa en su objeto, cosa poco sorprendente dado que, si se va a lo esencial, no queda ya nada más"?

Si se considera la estilística como una doctrina, si se la hace proceder fuera de su campo y no se ve que su valor consiste solamente en los límites fijados al principio de estas nuestras observaciones, y especialmente en el recoger y pesar materiales lingüísticos colectivos en un instante determinado, como hace por otra vía la gramática empírica (a este propósito Bally observa en la pág. 27 del *Traité*, que cuando la sintaxis se ocupe de los valores afectivos entonces dará la mano a la estilística: ¿por qué no decir, entonces, que la estilística es una integración —quizá necesaria— de la sintaxis, entendida ésta en un sentido más amplio del tradicional que la constriñe a ser un sistema rígido, prevalentemente lógico?) o al exponer en modo más claro, más adherente a la realidad cotidiana, una lengua moderna, tal cual es sentida actualmente por los hablantes, creo que no sea posible sustraerse al pesimismo de Rozwadowski.

* * *

He considerado hasta aquí la obra de Bally, tomada como el producto más característico de una tendencia, en sus relaciones con la lingüística general. Me queda por considerar su posición frente a la estética, tarea asaz más ardua: pero las dos disciplinas se han encontrado más de una vez sobre el mismo campo y no es posible evitar el hablar de ellas.

Bally ha buscado justificar el derecho a la existencia de la estilística afirmando con Vising (v. *Mélanges Wilmotte*, cit. en *Le Langage et la vie*, pág. 91) que es posible la disciplina que estudia en cuáles condiciones un tipo expresivo empleado por todos puede transformarse en procedimiento literario reconocible por estos dos caracteres: intención estética y signo individual. Y contra la afirmación de Croce que la intuición elude al análisis estilístico, dice: "La argumentación es especiosa, pero escapa a un hecho: la necesidad de hacerse entender. Dejemos a un lado las otras artes para no hablar sino de las obras literarias: que ellas procedan de intuición, nada más cierto, aun cuando la inspiración no sea en todos los autores así espontánea e indescomponible como se cree generalmente; pero la expresión que de ello resulta no podría ser completamente intuitiva, invisible e inmediata. Es imposible expresar el pensa-

miento puro con palabras: el lenguaje más espontáneo es siempre discursivo en alguna medida: quién sabe si la poesía de un Mallarmé o un René Ghil se explica como una tentativa de acercarse a la intuición integral; sólo que esta poesía es a menudo ininteligible”.

Resulta evidente de este pasaje la confusión que hace el autor entre “intuición” y “pensamiento” y es verdaderamente raro cómo él haya entendido mal el valor de “expresión” como se emplea ahora comúnmente en estética. No creo que haya necesidad de insistir en la discusión de estas ideas.

En realidad para la comprensión de un autor, no se sabría verdaderamente decir qué importancia puede tener la estilística y en modo particular si se considera como creo deba ser considerada, o sea como un estudio de los valores colectivos del lenguaje. Bally tiene que recurrir a ciertas consideraciones que caen fuera de los términos de la discusión para defender una tesis irremediamente insostenible. Entre estilística y estética hay un abismo, y no por las razones aducidas por Bally (pág. 19 del *Traité*), es decir, que cuando un sujeto hablante se encuentra en las mismas condiciones de los otros miembros del grupo lingüístico a que pertenece, existe por el empleo que él hace del lenguaje una norma sobre la cual se pueden medir las innovaciones de la expresión individual, mientras el poeta, el novelista, el orador hacen de la lengua “un empleo voluntario y consciente” con una intención estética; sino porque, entre el estudio hecho para recoger materiales lingüísticos que —repetimos— pueden favorecer o al estudio empírico de una lengua moderna en sus elementos colectivos (aun si afectivos) o al historiador de la lengua para ofrecerle el cuadro de “estado lingüístico” (aun aceptando este término con las limitaciones de que hemos ya discurrido) y el estudio de la “expresión”, hay tal diferencia que no debería ser posible hacer confusión.

Cuando se dice que para la “caracterización” necesaria a la reevocación de la poesía (v. Croce, *La Poesía*, pág. 124) la estilística no sirve, se expresa simplemente una consecuencia del concepto mismo de estilística como me parece debe ser entendida. De esto mismo se comprende que cuando la estilística sirve de base (no más que de base), para el análisis de un poeta, se va fatalmente a terminar en la estética: De Lollis (*Saggi sulla forma poetica del 1800*), Vossler, Spitzer, Bertoni, con varias obras de todos conocidas, están para demostrarlo.

Además de Croce (*Conversazioni Critiche*, III, 101-105; *La Poesía*, pág. 301), también Leo Spitzer admite esta verdad (*Romanische Stil- und Literaturstudien*, I, 29-30 n.) Se tratará de análisis críticos que reflejen varias doctrinas y temperamentos, su valor será más o menos grande, pero no sabría propiamente comprender estas obras (digo aquéllas que estudian un autor) ni en el cuadro de la lingüística ni en el de la estilística.

G. Devoto en *Studi di stilistica italiana* (“*Annali della Scuola Normale di Pisa*”, S. II, v. V, f. III, 1936) califica de “estudios estilísticos” ciertos trabajos muy diversos como el ensayo de G. Bertoni *La Lingua poetica di Carducci* y aquél de Elise Richter, *Studien über das neueste Französisch*, los escritos de De Lollis sobre la lengua poética del 1800

y los trabajos de la escuela de Praga. Devoto examina algunas páginas extractadas de la novela de C. E. Gadda, *Il Castello di Udine* (págs. 49-61), después de haber antepuesto algunas observaciones en las que se notan ciertos conceptos que en parte se remontan a Bally, y en parte lo niegan. El autor dice (pág. 188) a propósito de la diferencia entre sintaxis y estilística: "Mientras el estudio de una determinada construcción es legítima en el campo normativo de la sintaxis, la unidad fundamental de la estilística es, en cambio, siempre un autor, una obra de un autor, un determinado pasaje de una obra"; pero poco después, determinando las relaciones entre estética y estilística: "El análisis estético tiene por centro un hecho de expresión *individual* del cual la lengua es solamente espejo; el análisis estilístico parte, en vez, de los valores adquiridos (por fuera y anteriormente a la actividad del individuo) por los elementos lingüísticos, o sea por valores colectivos".

Pero si el análisis estilístico parte —y justamente— de valores adquiridos, o sea de valores colectivos, es evidente que la unidad fundamental de la estilística no puede ser un autor, la obra de un autor, si no la lengua viva en sus elementos afectivos: si la lengua escrita será materia de la estilística será simplemente en función de la lengua hablada, como exige Bally (*Le langage et la vie*, pág. 106).

Si se quiere estudiar a un autor es necesario hacer un análisis crítico, a menos que no nos contentemos con redactar una lista de metáforas, de elipsis, de puntuaciones afectivas, de modos desgramaticados, etc., que constituirán sólo una preparación y un subsidio para la comprensión del arte.

La estilística, tal como vive en las obras de su fundador, Bally, es una disciplina sociológica: su campo de acción que hemos resuelto delimitar no puede alcanzar o tocar un autor y tampoco, naturalmente, un sujeto hablante fuera del ambiente en que vive, sin volverse estética.

(Traducción de Mariella Giurato,
de la cátedra "Ricardo Palma")